

que para salvar al hombre
fueron menester los dos. 49

La muerte del Inocente fue la expiación del pecado. 50
La muerte es el pozo misterioso de donde salen las grandes
virtudes... Con ella se satisface a un mismo tiempo la jus-
ticia y el amor: la justicia, que la impuso como un castigo;
el amor que la daba como medio de sacrificio, de liberación,
de heroica reintegración en el bien. 51 El Hijo del Altísimo
viene al mundo a morir por los pecadores.

El Rey que nace a morir,
porque no muera el vasallo, 52
viene a la guerra de amor,
a fin de rendir al hombre. 53

Viene por sus dos únicos caminos: la justicia y la mise-
ricordia. 54 Viene a echar el manto de la naturaleza divina
sobre la desnudez y las llagas de la naturaleza humana. 55
Viene a rescatarnos con su Sangre,

Cujus una stila salvum facere
Totum mundum quit ab omni scelere. 56

Se verifica el misterio estupendo de la Encarnación. ¡Ya
puede el hombre pagar lo que debe! ¡Ya puede satisfacer
por su pecado! ¡Ya puede hacerse perdonar la ofensa, 57 por-
que

ya es Dios nuestra humanidad. 58

El Verbo se hace hombre. Mas para hacerse hombre no
podía tomar una carne manchada, una carne que hubiese
sido alguna vez sierva, esclava del pecado. Toma la carne
de Adán, pero sin tomar con ella la torpe herencia de su
culpa. Por eso no habita en un siervo del pecado, sino en
un tabernáculo de candor, fabricado expresamente para
El por las mismas manos del Altísimo. 59 Por eso la que ha-
bía de ser su Madre, la que había de vestirle de la humana
naturaleza, debía poseer la felicidad de los dos estados de
esta naturaleza; había de tener la inocencia del primer
Adán y había de gozar sobreabundantemente y anticipada-
mente de la redención adquirida por el Adán segundo. 60
Había de ser reservada para su Hijo, rescatada por El de